

Andanzas por España de un “inquisidor a la moderna de raza nórdica”*

Wanderings for Spain of a “inquirer to the modern one of northern race”

Así alude a mi persona el insigne don Julio Caro Baroja en un artículo publicado en Historia 16¹, y como el apodo me honra, he optado por usarlo en el título de esta breve autobiografía que escribo a petición de la presente revista.

Gustav HENNINGSEN
Danish Folklore Archives

Sumario: I. Mis primeros pasos. II. Primera estancia en España (1965-1968). III. Segunda estancia en España (1969-1972). IV. El arco y la piedra que lo sostiene.

Resumen: El autor traza su autobiografía intelectual desde que era estudiante en su país natal, Dinamarca. Muestra sus primeros pasos en la investigación como interesado en el folklore de los países nórdicos. Esto le introdujo en los cuentos populares y en una entrevista para recoger información, de casualidad se encontró con las creencias populares sobre las brujas. Este fue el arranque de su tesis doctoral que fue perfilando conforme avanzaba su investigación en España (Galicia, País Vasco y Navarra). El hallazgo de la documentación del inquisidor Salazar y Frías en el Archivo Histórico Nacional le condujo a centrar sus estudios sobre la Inquisición y el célebre proceso a las brujas del Baztán seguido por el Tribunal del Santo Oficio de Logroño.

Abstract: The author traces his intellectual autobiography from when he was a student in his native country, Denmark. His first steps in research focused on folklore of the Nordic countries, and this led him to undertake fieldwork on sailors' folk yarns. During an interview on a southern Danish island, by coincidence he discovered that the local population still believed in witches. This was the starting point for his PhD thesis which gradually took shape as he carried out research in Spain (Galicia, the Basque Country and Navarre). The discovery of documents regarding the inquisitor Salazar Frías in the National Historical Archive led him to focus his studies on the Inquisition and the famous witch trial of Zugarramurdi by the Court of Logroño in the early seventeenth century.

Palabras clave: Henningsen / Egohistoria / Creencias populares / Brujería / Inquisición

Keywords: Henigsen / Beliefs / Witchcraft / Inquisition

* La presente autobiografía es una adaptación de otra, escrita en danés, con ocasión de haber sido laureado por la reina Margarita II de Dinamarca con la cruz de “Caballero de Dannebrog”. El manuscrito se encuentra en el archivo de la Corte Real.

1. J. CARO BAROJA, “El ballet del inquisidor y la bruja”, *Historia 16: La Inquisición*, 1986, p. 66.

I. Mis primeros pasos

Nací el 8 de julio de 1934, en Slagelse, pequeña ciudad de provincia a 90 kilómetros de Copenhague. Mi padre, Niels Henningsen, hijo de ricos granjeros de la isla de Fionia, murió durante la ocupación de Dinamarca por los nazis alemanes. Apenas recuerdo nada de él, tenía yo entonces tan sólo seis años. Sé que de joven había emigrado a Argentina, donde intentó instalar una granja de cerdos. Puede decirse que malgastó allí lo mejor de su vida, ya que después de dieciséis años de estancia en el país rey del vacuno, no consiguió introducir la carne de cerdo como rentable alternativa al chuletón de buey. Regresó a Dinamarca con 39 años de edad, donde se colocó en una empresa de semillas de la familia política. Poco después conoció a mi madre, hija también de granjeros acomodados, y con ella tuvo dos hijos varones: mi hermano Jorge y yo.

Cursé mis estudios de primaria y bachillerato en la antigua y prestigiosa “Academia Sorana”, ubicada en lo que hasta la Reforma luterana fuera rico monasterio de monjes cistercienses. Mis estudios universitarios los realicé en la Universidad de Copenhague.

No fui nunca un alumno excepcional: si por algo despunté, fue más bien por mi lentitud con los estudios y mi terquedad. Defectos que desesperaban a mis profesores, al considerarlos un obstáculo para mis planes de seguir estudios universitarios. Sin embargo, las tan denostadas lentitud y terquedad mías, en la Universidad se revelaron como lo que eran: profundidad y tesón, condiciones valiosas e indispensables para mi vocación científica.

Ahora bien, tengo que admitir que mi carrera de investigador, se describe mejor como una sucesión de “amoríos” e “infidelidades”, de los que no me arrepiento, ya que en el fondo se trataba siempre de una nueva variante de la primera “amada”: la tradición popular. En 1955, enamorado de los cuentos de Hans Christian Andersen, quise descifrar el lenguaje metafórico de sus relatos. Tres años más tarde, un nuevo y atractivo objeto de investigación apareció en mi horizonte: la “folklorística nórdica”. Abandoné a Andersen para entregarme de lleno al estudio de las tradiciones populares. Se suponía que debería volcarme en la investigación de las tradiciones populares escandinavas, especialmente de Dinamarca.

En 1956 conocí a mi mujer, Marisa Rey, española, de Madrid, a la que presentaré detenidamente al final. Nos casamos en la primavera de 1957. En los meses anteriores a nuestra boda, me apunté a clases de español en la Universidad durante cuatro meses, de modo que llegué a aprender lo suficiente como para hacerme entender por mi numerosa familia política. Incluso puse a prueba mis conocimientos de la lengua, leyendo *El Romancero Español* de Menéndez Pidal. Cuando regresamos a Dinamarca del viaje de novios, proseguí mis estudios de Folklorística Nórdica y llegué a escribir una exitosa tesina sobre el equivalente danés del Romancero español, las recopilaciones de cantares populares realizadas por Anders Sørensen Vedel (1591) y Peder Syv (1695).

Durante las largas y oscuras tardes del invierno danés, me pasé horas y horas en la Biblioteca Real de Copenhague, donde se habían reunido todos los ejemplares existentes en las bibliotecas nórdicas para poder comparar las muchas y diferentes ediciones del Romancero danés. A mi lado, mi paciente mujer, quien apenas había comenzado a dominar el danés, me ayudaba con el cotejo: viñeta por viñeta, ornamento por or-

namento y palabra por palabra. El resultado apareció como artículo en la prestigiosa revista *Danske Studier* en 1959². Durante mis años de estudiante hube de alternar los estudios con mi puesto de ayudante en el *Dansk Folkemindesamling* (Archivo Danés de Tradiciones populares) que formaba parte de la Biblioteca Real.

Publicado ya mi trabajo sobre el romancero danés, perdí interés por el tema al leer un informe de un simposio sobre cuentos de mentiras (“tall tales”), en el que un científico norteamericano aseguraba que este género era exclusivamente americano, ya que con la excepción de “Las mentiras del barón Münchhausen”, no había encontrado nada semejante en Europa. Me lancé, pues, a la búsqueda de “mentiras marineras” y pronto pude demostrar, que dicho género estaba representado también en nuestro continente; lo que ocurría era que nadie se había interesado por ese tipo de narrativa. Conclusión que me apresuré a publicar en un artículo en un periódico de la marina, *Skibet* (El barco). A partir de aquí, utilizando de yunque al científico estadounidense, incité a los lectores a que mandasen a *Dansk Folkemindesamling* versiones de cuentos marineros que ellos conociesen.

El resultado no se hizo esperar: nos llovieron las cartas con este género de cuentos. Además llegó de Noruega una carta, del Museo de Tönsberg, que justamente había convocado un concurso de historias marineras. El Museo tuvo la amabilidad de poner a mi disposición el abundante material que había cosechado y me lo envió a Copenhague. Del examen de tan valioso material salió mi artículo “El arte de mentir perpendicularmente”, publicado en 1961 en la revista de dicho museo noruego³. Mi artículo llamó mucho la atención, por lo que hube de escribir otro artículo sobre el tema⁴. Más tarde aquellos dos trabajos me procuraron un lugar en las columnas de la *Encyklopädie des Märchens*; pero para entonces yo ya había puesto mis ojos en un nuevo amor.

Fue en 1960. Me encontraba en la isla danesa de Aerö, en el pueblo marinero de Marstal, coleccionando tradiciones populares. Estuve entrevistando a dos hermanas sobre supersticiones marineras cuando, por casualidad, saltó la chispa, al ponerse a hablar de la joven mujer de un marinero que creía en las brujas. No salía jamás a pasear con su bebé sin llevar una bolsita de sal y un trozo de pan de centeno debajo del colchón, porque si una bruja pasaba y lo miraba; en caso de no ir protegido por aquellos amuletos, la criatura podría enfermar y morir. En la conversación que se desarrolló a continuación las dos hermanas me revelaron como la creencia en brujería seguía existiendo entre los vecinos.

Gracias a mi antiguo jefe, Hans Ellekilde, conseguí apoyo financiero del Archivo para realizar varios viajes a la isla de Aerö, donde llevé a cabo un trabajo de campo en dicho pueblo marinero sobre las creencias en brujería. Mi fuente de inspiración fue

2. G. HENNINGSSEN, “Vedel og Syv og bogtrykkerne. En bibliografisk undersøgelse”, *Danske Studier*, 1959, pp. 53-84.

3. Título danés: “Kunsten at lyve lodret”, cuatro años después traducido al inglés: “The Art of Perpendicular Lying. Concerning a Commercial Collection of Norwegian Sailor’s Tall Tales”, *Journal of the Folklore Institute*, 2, 1965, pp. 180-219.

4. G. HENNINGSSEN, “‘The Great Farmhouse’ and ‘The Great Ship’, AT 1960 H and E”, *Journal of the Folklore Institute*, 3, 1966, pp. 196-213.

la monografía del antropólogo inglés Evans Pritchard, sobre la tribu de los azande en África⁵.

En mi “Análisis estructural de las creencias sobre brujas en una comunidad danesa” intenté, de acuerdo con la teoría lingüística del danés Hjelmslev, analizar la tradición como un sistema de normas de comportamientos y creencias. A continuación investigué de qué modo aquellas creencias habían afectado a la vida de algunos infelices que, sin comerlo ni beberlo, se vieron marcados con el sello de “brujo” o “bruja”. Demostré también cómo la sospecha de brujería había recaído sobre miembros de determinadas familias, es decir imaginarias “dinastías de brujas”. Combinando mi trabajo de campo con investigación en los archivos, logré reconstruir los árboles genealógicos de aquellas familias hasta sus raíces comunes en el siglo XVIII. Años más tarde aquella experiencia me permitió demostrar la existencia de una dinastía imaginaria, semejante a la danesa, en Zugarramurdi (siglos XVI y XVII).

En consideración a las partes involucradas mi tesina danesa quedó sin publicar. Lo único que salió fue una crónica sobre “los artículos de fe” de la brujería por un

célebre periodista del diario *Politiken* (17.6.1962). El mismo periódico publicó en la portada posterior una caricatura del “Mingote danés”, Bo Bojesen, en la que se veía a un ama de casa moderna, con sombrero y zapatos de tacón atada a un poste, rodeada por las llamas de una hoguera de San Juan. En torno a ella se veía un grupo de aldeanos y uno que decía a otro: “¿Pero no es esa la señora Petersen?” A lo que el interpelado contestó: “¡Demonio, sí, es ella!” La noticia que encabezaba el dibujo rezaba: “*Magister* Gustav Henningsen ha demostrado a través de una serie de investigaciones, que en los pueblos todavía se persigue a las brujas.”

POLITIKEN

Sankte Hans, Sankte Hans



5. E. E. EVANS PRITCHARD, *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande*, Oxford, 1937.

El año anterior, en diciembre 1961, la Biblioteca Real había celebrado una exposición titulada “*Heksetro og trolddom*” (Creencias sobre brujería y hechicería), organizada por mí y otro compañero ayudante del Archivo. El catedrático de psicología, Franz From, quien a través de un amigo común expreso el deseo de ver la exposición, acudió a la Biblioteca Real, y allí tuve el honor de ser su guía. Esto fue el principio de un contacto a nivel científico y de una larga amistad.

En 1962 obtuve por mi tesina el título de *Magister Artium* y conseguí un puesto fijo de investigador y archivero en el Dansk Folkemindesamling. El otoño del mismo año, me reclamó el ejército para cumplir con el servicio militar, lo cual me obligó a hacer una pausa, hasta finales de 1963. Entre tanto, en febrero de ese mismo año nació nuestro primer hijo.

En la primavera de 1964 suplí a mi catedrático de Folklore como docente en la Universidad, donde impartí un curso comparativo sobre brujería y hechicería. Después del relax intelectual que supuso para mí “la mili”, debo confesar que el encuentro con las lúcidas cabezas que asistían a mis clases, fue un tanto traumático. Ese curso fue mi primero y último como docente en la Universidad. Varios años más tarde, me enteré de que los estudiantes, a quienes yo creía haber defraudado, habían quedado encantados.

Fue aquella misma primavera de 1964, cuando escuché una inspiradora conferencia en la Universidad, donde un profesor irlandés habló sobre la brujería y magia en la Irlanda rural. La similitud con lo que yo ya había descubierto en Aerö llamó mi atención. Fue a raíz de esa experiencia cuando concebí la idea de escribir una tesis doctoral, basándome en el estudio comparativo de la brujería en tres comunidades europeas: Dinamarca (Aerö), España e Irlanda. Este último país resultaba interesante por la extraña circunstancia de que apenas había tenido procesos de brujería.

Aprovechando nuestras vacaciones de verano en España me dediqué a tantear el terreno con miras a mi nuevo proyecto. En principio había pensado en el País Vasco, de modo que me fui a ver a Julio Caro Baroja, a quien ya había conocido con anterioridad. Sin embargo, él me aconsejó ir a Galicia, ya que en esta región se conservaban más vivas las tradiciones.

Armado de una enorme grabadora Eltra, fui a Galicia con mi mujer. Juntos visitamos el santuario del Corpiño, en la provincia de Pontevedra, donde presenciábamos cómo exorcizaban a los endemoniados. Fuera de la iglesia entablé conversación con un panadero de Órdenes, quien me invitó a visitarle en dicho pueblo. De modo que una vez que mi mujer me dejó para ir a Madrid, donde habíamos dejado a nuestro hijito con mis suegros, me fui a Órdenes a ver al panadero. Este se mostró sorprendido al ver que le había tomado la palabra. Por fortuna, su hijo mayor, que era maestro de escuela, pudo tranquilizarle explicándole en qué consistía mi misión. Fue este maestro quien, luego, tuvo la amabilidad de presentarme a sus amigos y familiares en la comarca. Aquellos aldeanos vivían en un medio rural asombrosamente atrasado.

Tras mis sondeos en Galicia, proseguí por la costa septentrional hacia Bera, en tren, cargado con mi pesado equipaje. En Bera me esperaba Caro Baroja en Itzea, su casa de verano. Escuchó con interés mis grabaciones hechas en Galicia. No obstante, el verdadero motivo de mi visita era otro: descaba comprobar unos datos que don Julio había publicado en su libro *Las brujas y su mundo*, según los cuales se habrían celebrado

aquelarres en el País Vasco hasta nuestros días.⁶ Semejante afirmación iba en contra de cuanto, por entonces, era admitido por los investigadores internacionales.

Juntos fuimos a ver a uno de los informantes de Caro Baroja, un médico de San Sebastián. Este señor, tras pensarlo mejor, se acordó de que había escuchado la historia de labios de un indiano vasco, recientemente regresado de Sudamérica, y llegó a la conclusión de que el supuesto aquelarre, en un caserío vasco por los años cuarenta, habría sido algún ritual de vudú importado de allá.

Durante mi estancia en Bera, conocí brevemente a otro de los apadrinados por don Julio: un joven antropólogo americano, William Douglass. Este encuentro resultó, años más tarde, ser de mucho provecho para mí.

En caso de considerarme alumno de alguien, sería de Caro Baroja. Su ya clásico libro sobre las brujas fue para mí, desde su aparición en 1961, una especie de Biblia. Su obra me condujo también a mis otros dos “padres espirituales”: el inglés E. E. Evans Pritchard, anteriormente nombrado, y el norteamericano Henry Charles Lea, del que hablaré más adelante.

II. Primera estancia en España (1965-1968)

A principios de 1965, solicité una beca de la Universidad de Copenhague con el fin de realizar mi citado proyecto comparativo. Me la concedieron y, a partir del 1 de agosto de ese mismo año, disfruté de la excedencia del Archivo durante tres años para dedicarme a la investigación, bajo la supervisión de mi buen amigo el catedrático de etnología, Axel Steensberg.

El 26 de agosto me trasladé con mi familia a España. Mi mujer se quedó, de momento, en Madrid con sus padres, ya que acababa de nacer el segundo de nuestros hijos. Me fui a Pontevedra solo, donde había sido invitado a quedarme unos días en casa del antropólogo social, Carmelo Lisón Tolosana y su mujer Julia. Lisón, que ya había hecho un recorrido sistemático por las cuatro provincias de Galicia, estaba a punto de concluir su trabajo de campo. Fue para mí enriquecedor el poder acompañarle a ciertas aldeas elegidas por él para su estudio, ya que Lisón conocía con profundidad la cultura popular gallega, desde su organización social hasta sus rituales y creencias; y, además, era un entrevistador excelente.⁷ No sería posible conseguir mejor introducción para mi propio trabajo de campo. Después de algún tiempo con el matrimonio Lisón me volví a Órdenes, donde, como he señalado, el año anterior ya había tenido algunos contactos. Antes de regresar a Madrid en busca de mi familia alquilé una casa propiedad del panadero en las afueras de Órdenes.

6. J. CARO BAROJA, *El mundo de las brujas*, Madrid, 1961, pp. 320 s.

7. En el *Dansk Folkemindesamling* quedan unas veinte entrevistas hechas por Carmelo Lisón y depositadas junto con mis propias grabaciones del trabajo de campo en Galicia (1964-1968). De estas últimas he cedido una copia digitalizada en 2009 al Instituto da Lengua Galega de la Universidad de Santiago de Compostela.

Sobre mi trabajo en Galicia publiqué en su día un informe en la revista catalana *Ethnica*.⁸ Por lo tanto podemos avanzar hasta mi descubrimiento, en el Archivo Histórico Nacional, de unos doscientos procesos de brujería procedentes del tribunal de Santiago de Compostela. Este hallazgo me animó a renunciar a Irlanda y mi proyecto europeo, en favor de un estudio comparativo entre las creencias históricas y actuales de brujería dentro de un mismo ámbito geográfico. Para ello obtuve el visto bueno de mi supervisor.

Un año después, sin embargo, transcritos ya los procesos de Galicia, hube de cambiar de rumbo una vez más, porque acababa de hacer un descubrimiento sensacional: los informes del inquisidor Alonso de Salazar Frías sobre la brujería vasca. Aquellos informes habían estado perdidos desde el principio del siglo XX, después de que el americano Lea los hubiera utilizado para su obra magna sobre la Inquisición española. Después del traslado del archivo de la Inquisición desde Simancas a Madrid, nadie había sido capaz de encontrarlos, ni siquiera Caro Baroja.

En mi caso, fue la lectura del libro de Geoffrey Parrinder, de 1958, sobre brujería europea y africana⁹, lo que me puso sobre la pista de los papeles de Salazar. Los menciona en una sola página, pero fue para mí lo suficiente como para comprender las posibilidades que encerraría aquel material. Al parecer ese escéptico inquisidor, que actuó a principio del siglo XVII, había llevado a cabo un trabajo de campo a la moderna y, como algo insólito para su tiempo, había llegado a dudar de la existencia de las brujas.

Ahora que ya tenía buenos conocimientos del ramo de Inquisición en el Archivo Histórico Nacional, a la par que continuaba con mi investigación de Galicia, inicié una correría tras los papeles de Salazar, que indudablemente tenían que encontrarse aquí. La referencia de Lea ponía: “Archivo de Simancas, Inq. de Logroño, Procesos de fe, n. 8”,¹⁰ pero el lugar donde se encontraba dicho legajo le era totalmente desconocido a Natividad Moreno, responsable de la sección. Entonces ella sacó de un armario un gran tomo encuadernado en cuero marón, que contenía el catálogo manuscrito que había venido con el archivo de la Inquisición desde Simancas. En él, sus antecesores en el cargo habían añadido las nuevas signaturas correspondientes al Archivo Histórico Nacional, libro por libro y legajo por legajo. A continuación la archivera me hizo el gran favor de dejarme bajar a la sala de lectura el “Índice de Simancas”, como lo llamaban.

Resumiremos aquí brevemente la compleja organización del archivo de la Inquisición en Simancas, que con sus casi 4.000 unidades estaba dividido en tres diferentes series, cada una con su propia numeración correlativa: “Libros encuadernados”, “Legajos en cuartilla” y “Legajos en folio”. En cada una de las tres series había una sección titulada “Inquisición de Logroño”; mas en las dos primeras no encontré correspondencia con la referencia de Lea. En cambio sí encontré correspondencia en la tercera serie que contenía dos legajos en una subsección titulada “Procesos de fe”, tal y como decía

8. G. HENNINGSEN, “Informe sobre tres años de investigaciones etnológicas en España”, *Ethnica. Revista de antropología*, 1, 1971, pp. 85-106.

9. G. PARRINDER, *Witchcraft*, Harmondsworth, Penguin, 1958.

10. H. C. LEA, *A History of the Inquisition of Spain*, Philadelphia, 1906-7, t. 4, p. 228.

la nota del dicho autor americano. Uno de los legajos correspondía al siglo XVIII, y por lo tanto se podía descartar. El otro, en cambio, procedía del siglo XVII, por lo que me resultó relevante; sin embargo, sobre el contenido no ponía más que: “Este tiene algunas piezas foliadas, pero en lo general carece de numeración”. A juzgar por semejante descripción el contenido no podía ser de mucha importancia. De momento dejé de hacer el pedido de dicho legajo; pero después de haber examinado otras referencias de Lea, comparándolas con el “Índice de Simancas”, llegué a la conclusión de que, a pesar de tan anodino título, tenía que ser el mismo al que hacía referencia Lea.

Así pues, un día de diciembre de 1967 me hallé en la sala de lectores con un cajón de archivo de varios kilos de peso sobre la mesa. Además de contener los informes de Salazar, albergaba también un tesoro de material hasta entonces desconocido, entre lo cual un tomo de su libro de visita que, de estar completo, comprendería 6.200 folios con los interrogatorios de casi 2000 brujas confesas. Y para colmo, el tomo más importante de todos, el que contenía los ochenta “revocantes”, es decir personas a las que, como algo excepcional, se les había permitido desdecirse de sus confesiones. En resumen: un material único.¹¹

Una vez más tuve que escribir a mi supervisor, quien, con la condición de que éste fuese definitivamente el último cambio de rumbo, aceptó mi plan de escribir mi tesis doctoral sobre la gran persecución en el País Vasco a principios del siglo XVII. Sin embargo, también en este caso, se trataba de un proyecto de estudio comparativo, ya que las propias fuentes eran en sí un “laboratorio histórico”, pues precisamente la persecución se llevó a cabo a ambos lados de los Pirineos, involucrando a miles de sospechosos de brujería. Al norte de la frontera franco-española las autoridades civiles condenaron a cerca de un centenar de personas a la hoguera. En cambio, al sur de la misma frontera, donde la Inquisición al principio actuó con rigor contra la supuesta “secta diabólica”, gracias a Salazar y a otros escépticos, poco a poco se dieron cuenta de que todo aquel revuelo se debió a una falsa alarma. Con el fin de evitar semejantes equivocaciones en el futuro, la Inquisición introdujo tan rigurosas reglas de comprobación, que, en la práctica, se abolieron las quemas de brujas en España, cien años antes que en el resto de Europa.

Ya sólo me quedaban ocho meses de la beca, tiempo que utilicé, ayudado por mi mujer y mi cuñado Carlos, entonces estudiante de Derecho, para hacer un barrido sistemático del Archivo, en busca de las fuentes que utilizaría para lo que ya iba a ser mi tesis. Simultáneamente escribía un informe en danés acerca de mi hallazgo de los papeles de Salazar, y preparaba una edición española y otra en inglés. El jefe de la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, don Ramón Paz, se ofreció para publicar la edición española. Con respecto a la versión inglesa la mujer de Lisón, Julia MacDonald, ya había empezado una traducción de los textos.

Unas semanas antes de salir de España Marisa había dado a luz en Madrid a nuestro tercer hijo que, siguiendo la tradición española, fue bautizado con mi nombre traducido al español, Gustavo Carlos.

11. AHN, Inquisición, legajo 1679.

A finales de agosto de 1968 me encontraba ya de regreso a Dinamarca. No obstante, el 1 de enero de 1969 había conseguido una nueva beca de la Universidad de Copenhague de tres años de duración, con el ya citado catedrático Steensberg como supervisor, mas, tras su cese en el otoño de 1970, ocupó su lugar el catedrático de psicología Franz From. En la primavera de 1969 tuve que cumplir con ciertos compromisos con mi institución, al mismo tiempo que trabajaba en la edición de Salazar y redactaba el informe de mi hallazgo para un artículo científico en inglés, que se publicó el mismo año en la revista finlandesa *Temenos*¹².

Envié una separata de aquel trabajo a Caro Baroja, que la recibió con tiempo para añadir la siguiente nota a su artículo “De nuevo sobre la historia de la brujería (1609-1619)”: “Al corregir pruebas segundas... me envía el Sr. Henningsen un importante estudio acerca de “The Papers of Alonso de Salazar Frías”... Parece por él que incluso va a escribir un libro entero sobre Salazar”.¹³ Caro Baroja debió de empezar su artículo poco después de haberme ausentado yo de España.¹⁴ Yo le había comunicado mi hallazgo tan pronto como lo hice. Sin embargo, me había extrañado en aquella ocasión, su aparente falta de interés por la noticia.

En medio de todo esto me llegó una carta de la University of Nevada Press, donde William Douglass, el antropólogo al que había conocido en casa de Caro Baroja, había conseguido entre tanto un puesto fijo. Douglass había oído de mi “trabajo sobre la brujería vasca” de boca de un antropólogo australiano, Grant McCall, que había coincidido conmigo en Copenhague ese año de 1969. Douglass deseaba publicar mi original en su nueva serie de monografías vascas. Con este motivo tuve que dar prioridad a la edición de los documentos de Salazar, cuya terminación, pensaba yo, me llevaría poco tiempo. Por otro lado, mi tesis doctoral requería investigaciones complementarias en los archivos de Navarra y del Sur de Francia, por lo que la edición tendría que esperar.

12. G. HENNINGSEN, “The Papers of Alonso de Salazar Frías. A Spanish Witchcraft Polemic 1610-1614”, *Temenos*, 5, 1969, pp. 85-105; reimpresso en B. P. LEWACK [ed.], *Articles on Witchcraft, Magic and Demonology*, New York, 1992, t. 5.

13. *Príncipe de Viana*, 30, 1969, p. 328.

14. Sobre “los papeles de Salazar” escribe Caro Baroja en el citado artículo, que “fueron traídos de Simancas hace ya mucho y la primera noticia que tuve de ellos arranca de la época en que estaban allí [conviene aclarar ese punto para que se entienda que Caro Baroja no vio los papeles en Simancas, sino que tuvo noticias de ellos a través del americano Lea, cfr. nota 11, arriba]. Pero después, Natividad Moreno Garbayo, que en el Archivo Histórico Nacional madrileño dirige la sección de Inquisición con singular competencia y que tanto nos ha ayudado a muchos, me dio facilidades para volverlos [¡sic!] a estudiar” (*Ibid.* pp. 266). Después de redactar el presente artículo me entero por un trabajo de Ignacio Panizo, sucesor en el puesto de Natividad Moreno, que no fue hasta el 2 de julio 1969 que Caro Baroja consultó el legajo 1679 y que sólo lo tenía reservado en la sala de lectores hasta el 9 del mismo mes (I. PANIZO SANTOS, “Glosas a dos clásicos del Auto de fe de Logroño (1610): Julio Caro Baroja y Gustav Henningsen”, en E. RAMALLE GÓMARA & M. AZURMENDI INCHAUSTI [eds.], *Inquisición y Brujería. El Auto de Fe de Logroño de 1610*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2010, p. 223).

III. Segunda estancia en España (1969-1972)

El 16 de octubre de 1969 salí, por fin, con mi mujer y los tres hijos, de nuevo para España. Íbamos en un Volkswagen, modelo rubia. El gran maletero iba repleto de libros en distintos idiomas, además de un montón de manuscritos y ficheros; era el material que necesitaría para continuar mi proyecto. Avanzada la media noche llegamos a la frontera de Irún, donde nos pararon los guardias civiles que, tras examinar nuestros pasaportes, me pidieron que bajase del coche para abrir el maletero, mas en ningún momento fueron descortesos. A mi mujer, que llevaba al pequeñín de catorce meses durmiendo en el regazo, y los otros dos que dormían, cada uno a un lado, ni les molestaron.

Lo que realmente llamó la atención de los guardias al registrar el maletero, fueron las largas cajas de archivo, llenas de fichas con nombres de personas y poblaciones vascas. Extrañados, me preguntaron lo que era todo aquello. Les expliqué que se trataba de vascos acusados de brujería en el siglo XVII, sobre los que iba a escribir un libro. Muertos de risa me dejaron pasar; pero antes tuve que prometerles que les enviaría un ejemplar del tal libro, si es que éste llegaba a publicarse.

Esta vez establecimos nuestra residencia en Madrid, donde alquilamos un piso en una de las torres del barrio de La Estrella, en las proximidades del Retiro. Cada vez que tenía que ir al Consejo de Investigaciones Científicas atravesaba este hermoso parque. En el Archivo Histórico Nacional me encontré con historiadores de todo el mundo que se hallaban de paso en Madrid. Muchos de ellos nos visitaron en nuestra casa, donde mi mujer y yo solíamos mantener amenas tertulias.

Aquellos tres años en Madrid fueron un tiempo feliz, también a nivel familiar. Nuestros tres pequeños estaban encantados con el contacto, casi diario, con sus primos españoles de la misma edad; hasta el punto de que llegaron a olvidar el danés, y hablaban sólo español. Por nuestra parte, mi mujer y yo disfrutábamos saliendo a cenar con la familia o con amigos, en las templadas noches madrileñas. La fuerte luz diurna de España imbuye siempre en mí una enorme energía, por lo que después de una larga jornada de trabajo, podía salir a disfrutar de la vida nocturna de Madrid, y volver a madrugar al día siguiente.

En cuanto a los niños, éstos iban al colegio de los padres agustinianos, que estaba al lado de casa, y como iban de media pensión (con excepción del benjamín, que iba a la guardería), mi mujer y yo disfrutábamos de mucha tranquilidad durante el día para poder dedicarnos a nuestro trabajo.

A diario solía salir muy de mañana a dar un paseo a través de los campos y solares en construcción que entonces separaban el barrio de La Estrella del lejano Moratalaz. Durante dichos paseos solía dejar pasar por mi cabeza, como en una película, todo aquello sobre lo que iba a escribir, lo cual, al volver a casa, ponía sobre el papel. Había aprendido de Lea eso de tener copia de todas mis fuentes antes de ponerme a escribir. No obstante, antes de empezar con el capítulo siguiente, habría de tener una visión completa del material y del modo en que éste habría de disponerse. Muchas de mis ideas, se me ocurrieron en la Puerta del Sol, hasta donde a veces llegaba en mis correrías desde mi casa en Pez Austral, por haber allí, precisamente, un bar que abría muy de madrugada, el Bar Flor.

El 19 de abril de 1971, me llegué hasta casa de Caro Baroja, que vivía al lado opuesto del Retiro, en Alfonso XII. Don Julio acababa de regresar de Pamplona y me informó de un manuscrito sobre brujas que Florencio Idoate había encontrado en el Archivo General de Navarra. Dos meses más tarde me presenté ante Idoate, para pedirle que me dejase ver dicho manuscrito. Me costó bastante conseguir su permiso para sacar una fotocopia del documento, puesto que él estaba trabajando en su edición; sin embargo aquella misma tarde pude disfrutar en mi hotel de una fotocopia del manuscrito. En agradecimiento, más tarde, me fue posible informar a Idoate, que se trataba de una parte sustancial del voto de los colegas inquisidores en contra de los informes de Salazar¹⁵. El resto del dictamen de los colegas ha perecido con el archivo del Tribunal de Logroño; pero la existencia del manuscrito de Pamplona puede ser un indicio de que Becerra y Valle debieron de mandar copias a sus diversos correligionarios, como por ejemplo al arzobispo de Burgos, don Fernando de Acevedo¹⁶.

A medida que iba terminando los capítulos de la introducción a la proyectada edición de los documentos de Salazar, los iba mandando a Dinamarca para que Franz From los fuese leyendo y se los pasase, luego, al sociólogo Verner Goldsmidt. Una vez recibidos los diez primeros capítulos, From me escribió una carta pidiéndome que recapacitase sobre si no era ya mi tesis lo que estaba escribiendo. El tiempo de mi segunda beca estaba ya tan apurado que no dudé ni un momento en darle la razón, y así fue cómo llegué a escribir la mayor parte de mi tesis doctoral sin saberlo – algo que no parece haber influido mal en el resultado.

En el transcurso de 1971 terminé el resto de la tesis, que tras haber sido traducida por Anne Born en Oxford al inglés y completada con el aparato crítico fue entregada en la Universidad de Copenhague en 1973. Según el reglamento danés, una tesis doctoral no se puede defender sin antes haber sido publicada. Sin embargo, la impresión se hizo esperar por mucho tiempo, porque el grueso tomo primero tuvo que ser sometido a un largo proceso de *copy editing* por parte de la Nevada University Press. Cuando por fin *The Witches Advocate* vio la luz, en 1980¹⁷, por ironía del destino, salió sin los informes de Salazar. Éstos habían sido suprimidos en el último momento para evitar la costosa edición de un segundo tomo.

Desde el punto de vista de la editorial, hay que admitir que fue una decisión acertada. Gracias a los muchos ciudadanos de origen vasco que viven en Nevada, el libro tuvo una tirada de 3.000 ejemplares, algo insólito tratándose de una tesis doctoral.

En 1982 el interés por mi libro nos llevó, a mi mujer y a mí, de gira por gran parte de los Estados Unidos. Entre otros sitios, fui invitado a Washington D. C., a dar una conferencia en la Library of Congress. Aquí, de la manera más inesperada, me vi mezclado en un episodio de “política internacional”. Mi conferencia tuvo lugar en la sala de mú-

15. F. IDOATE, *Un documento de la Inquisición sobre brujería en Navarra*, Pamplona, 1972, p. 33.

16. “...quisiera yo mucho enviar a Vuestra Señoría Ilustrísima una copia” (Valle a Acevedo, julio 1613), *El abogado de las brujas. Brujería vasca e Inquisición española. Nueva edición actualizada*, Alianza, Madrid, 2010, p. 392.

17. G. HENNINGSEN, *The Witches' Advocate. Basque Witchcraft and the Spanish Inquisition*, Reno, University of Nevada Press, 1980.

sica de la Biblioteca, donde había varias vitrinas, cada una con un flamante Stradivarius, y además un hermoso piano de cola Steinway. Al fondo del gran local advertimos largas mesas cubiertas de blancos manteles, adornadas con grandes candelabros y centros de flores. A juzgar por las numerosas copas, platos y cubertería, aquello estaba preparado para una recepción que se celebraría después de la conferencia. La sala estaba llena de gente elegantemente vestida; pero, con la excepción de un par de diplomáticos daneses, no oí entre el público a nadie que hablase mi lengua. Sí, por el contrario, mucho español, especialmente con acento argentino, además de, naturalmente, inglés por todas partes, y hasta japonés. Los diplomáticos daneses estaban tan asombrados y desorientados como yo, ya que yo era una persona demasiado insignificante como para ser objeto de tanta gala.

El misterio se resolvió dos días después, cuando el organizador de mi conferencia me explicó lo ocurrido. Aquel festejo se había preparado para honrar y agasajar al argentino Ernesto Sábato, recientemente galardonado con el premio Nobel. Pero justo ese día, en el que él debería hablar en la Library of Congress, había estallado el conflicto entre Gran Bretaña y Argentina a causa de la invasión de las Malvinas. Estados Unidos se había puesto del lado del Reino Unido, con lo que inmediatamente se canceló la conferencia de Sábato prevista para aquella tarde. Pero ¿qué hacer con la enorme abundancia de champagne, vinos finos y exquisitos manjares ya preparados para la recepción inmediata? Todo aquel lujo había costado mucho dinero. La salvación, por lo visto, la encontraron en mi modesta persona. También yo tenía que hablar ese día, aproximadamente a la misma hora, pero en una sala, claro está, más sencilla y con cabida para bastante menos gente. Así es que mataron dos pájaros de un tiro: el público de Sábato, se quedó ciertamente sin oír a su ídolo, pero al menos pudo reconfortarse con la pingüe recepción. Mi mucho más escaso público, naturalmente, no salía de su asombro ¿Tan importante podía ser ese danés tan joven?

Es cierto que mi segunda beca de estudios había finalizado ya a finales de 1971. Sin embargo el Consejo de Investigaciones Científicas de Dinamarca prolongó, en aquella ocasión, mi estancia en España con siete meses al concederme una subvención extraordinaria para comenzar un nuevo proyecto, esta vez sobre la distribución geográfica de la brujería en todo el Imperio español. En esta ocasión me dieron además dinero para pagar a un ayudante. Había claros indicios de que la caza de brujas se había limitado al Norte de España, mientras que en el Sur sólo había habido acusaciones por magia y hechicería. Nadie parecía haberse interesado antes por esta notoria frontera cultural a través de la España histórica, ni haber reparado en las posibilidades de investigación que dicha diferencia conllevaría. Por mi experiencia con mi trabajo en Galicia sabía, más o menos, dónde buscar el material para semejante investigación.

Se hallaba entre las relaciones, con resumen de las causas despachadas, que los tribunales mandaban anualmente a Madrid al Inquisidor General. El problema consistía ahora en extraer los procesos de brujería y hechicería, enterrados entre las miles de causas de otros tipos de herejía. Para poder escalar semejante montaña, me inventé lo que llamé el “método tipológico de registro de causas”, una especie de estadística de delincuencia, donde fui registrando, una por una las causas, de acuerdo con las categorías ya utilizadas por la Inquisición: Judaizantes, Moriscos, Protestantes, Alumbrados,

Proposiciones heréticas, Bígamos, Confesores solicitantes, Contra el Santo Oficio, Supersticiosos, y, como cajón de sastre: “Varia”. De todos ellos, el grupo de supersticiosos fue naturalmente el que tuvo mayor interés¹⁸.

Cuando, junto con mi ayudante, el entonces joven estudiante de Historia, Jaime Contreras, me embarqué en este nuevo proyecto, ninguno de los dos podíamos imaginar la envergadura del resultado, al margen de la meta primeramente trazada. No obstante, siete años más tarde, cuando elaboramos la primera estadística fiable sobre la actividad inquisitorial en todo el imperio español, tuvimos de base 44.000 resúmenes de procesos. Puede decirse que dicha estadística dio lugar a un renacimiento de la investigación internacional de la Inquisición.

Todo empezó en 1978, en el castillo de Skjoldenåsholm, a 50 kilómetros de Copenhague en el transcurso de un simposio, cuyas ponencias más tarde fueron publicadas en colaboración con el profesor americano John Tedeschi y el francés Charles Amiel, por la Northern Illinois University Press¹⁹. El encuentro de Skjoldenåsholm fue el primero de una larga serie de simposios y congresos internacionales en España, Italia, EE.UU. y Brasil.

Dos años más tarde, varios investigadores y yo conseguimos interesar a la European Science Foundation de Estrasburgo en un proyecto sobre la Inquisición a nivel europeo. La condición que ponían era que la idea fuese respaldada por los Consejos de Investigaciones Científicas de Italia y España. Por iniciativa de dicha fundación, se celebró una reunión en el instituto Gulbenkian de París, con representación de historiadores de la Inquisición, italianos y españoles. Para sondear el terreno, España estaba representada por el catedrático Joaquín Pérez Villanueva e Italia por el profesor Armando Saitta, mas ninguno de ellos se mostró dispuesto a colaborar a nivel internacional. A esas alturas, parece ser que el estudio de la Inquisición había sido politizado, especialmente en España. Según palabras textuales del profesor de Colegio de Francia, Charles Amiel, para España, el hecho de que un extranjero se hubiese situado a la cabeza de un tema tan espinoso como el de la Inquisición, era poco menos que “una catástrofe historiográfica”.

Lo cierto es que, entre mis colegas españoles, a mí se me conocía como “el danés”, y a mi ayudante español, Jaime Contreras, le titulaban “el danés segundo”. Pero nuestro índice tipológico de causas había resistido la prueba, y el método fue adoptado, no solamente por investigadores españoles, sino también por franceses, norteamericanos y noruegos.

18. G. HENNINGSEN, “El banco de datos” del Santo Oficio. Las relaciones de causas de la Inquisición española”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 124, 1977, pp. 547-570; “The Database of the Spanish Inquisition. The “relaciones de causas-project” revisited”, en H. MONHPAUST & D. SIMON [eds.], *Vorträge zur Justizforschung. Geschichte und Theorie*, Frankfurt am Main, 1993, pp. 43-85.

19. G. HENNINGSEN & J. TEDESCHI, C. AMIEL [eds.], *The Inquisition in Early Modern Europe. Studies on Sources and Method*, Dekalb, Northern Illinois University Press, 1986. Además de los contribuyentes a este volumen participaron las especialistas siguientes en los debates: Miguel Avilés, Bartolomé Benassar, Richard Greenleaf, Emil van der Vekene y Carmelo Lisón Tolosana. Las grabaciones de estos fructíferos debates se preservan en el archivo de *Dansk Folkemindesamling*, Copenhague.

Hubo también en aquellos años un resurgimiento del estudio sobre la brujería, que, entre otras cosas, se concretó en una serie de congresos internacionales. Entre las primeras está el simposio de Estocolmo 1984: *Early Modern European Witchcraft*, organizado por el historiador sueco Bengt Ankerloo en colaboración conmigo. Dicho simposio fue publicado, primero en sueco, y más tarde en inglés por la Oxford University Press.²⁰ Mi contribución fue un capítulo sobre mi más reciente enamoramiento: “Las donas de fuera”. Era un estudio de los procesos de brujería en Sicilia, incoados por la Inquisición española durante el gobierno español de la isla.

Dichos procesos iban contra “brujas benéficas”, una especie de curanderas, que, en sueños o en trance, se reunían con las hadas en algo que yo bauticé “aquellarres blancos”, en contraposición a las juntas diabólicas de las brujas²¹. En los “aquellarres blancos” también se celebraban banquetes y bacanales, pero se comía, se bailaba y se copulaba con hermosos hados, y no con feos y negros demonios. El objeto de aquellas curanderas era recibir de las hadas buenos consejos y adiestramiento para poder curar y hacer el bien a sus pacientes. Sin embargo, los inquisidores las denominaban “brujas”. Pero no lograron nunca convencer a los habitantes de la isla de que aquellas mujeres, en realidad, eran peligrosas y malignas, pues los sicilianos amaban a esas rondadoras nocturnas, ya que iban en busca de su ayuda, aun cuando se encontrasen en las cárceles de la Inquisición²².

Mi investigación siciliana se basó exclusivamente en la colección de fotocopias adquirida para el estudio de la distribución geográfica de la brujería. Otro derivado del proyecto del índice de relaciones de causas fue un artículo sobre la exportación y expansión de la magia española en la América colonial²³.

Entre otros que han sacado provecho de nuestro índice de las relaciones, se encuentra el historiador noruego Gunnar Knutsen, quien escribió su tesis doctoral sobre la diferencia entre la Cataluña plagada de brujas, y la provincia de Valencia, donde las brujas brillaban por su ausencia²⁴. Otro había sido el americano William Monter, que en 1990 publicó un libro sobre la Inquisición en las zonas fronterizas de España²⁵. En su

20. B. ANKERLOO & G. HENNINGSEN [eds.], *Early Modern European Witchcraft. Centres and Peripheries*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

21. G. HENNINGSEN, “El invento de la palabra ‘aquellarre’”, en J. M. USUNÁRIZ GARAYOA [ed.], *Historia y Humanismo. Estudios en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada*, Pamplona, 2000, t. 1, pp. 351-359.

22. G. HENNINGSEN, “The Ladies from Outside. An Archaic Pattern of the Witches’ Sabbath”, en *Early Modern European Witchcraft*, 1990, pp. 191-215; “The Witches’ Flying and the Spanish Inquisitors, or How to Explain (Away) the Impossible”, *Folklore*, 120, 2009, pp. 57-74.

23. G. HENNINGSEN, “La evangelización negra. Difusión de la magia europea por la América colonial”, *Revista de la Inquisición*, 3, 1994, pp. 11-29.

24. G. W. KNUTSEN, *Servants of Satan and Masters of Demons. The Spanish Inquisition’s Trials for Superstition, Valencia and Barcelona, 1478-1700*, Turnhout, Brepols, 2009. Primer estudio basado en una versión informatizada de nuestro “Índice de las relaciones de causas” que con la ayuda de Knutsen actualmente estamos realizando.

25. W. MONTER, *Frontiers of Heresy. The Spanish Inquisition from the Basque Lands to Sicily*, Cambridge, 1990; trad. española, Barcelona, 1992.

dedicatoria del libro, que me entregó personalmente durante su visita a Copenhague ese mismo año, dice: “Permaneces como el padrino de bautismo de todos aquellos que, realmente, han trabajado en serio sobre el Santo Oficio, desde el año 1971, en que las relaciones de causas fueron redescubiertas”.

Mi último flechazo fue el tema de la reaparición de “niños brujos” en nuestros días, frecuentemente relacionados con una serie de falsas acusaciones de pedofilia, ocurridas a finales del siglo XX, donde el fenómeno se extendió de Estados Unidos al norte de Europa. Lo que llamó mi atención, en este caso, fueron las muchas similitudes entre las acusaciones modernas y los procesos contra “niños brujos” vascos a comienzos del siglo XVII, y al fin del siglo contra “niños brujos” suecos. En nuestros días, diríase que el papel de los inquisidores se ha cambiado por el de los agentes sociales y psicólogos, en muchos casos llevados por un celo excesivo y creyendo a pies juntillas lo que no fuesen más que fantasías de los niños. Como en los casos del País Vasco y del Norte de Suecia, donde miles de personas fueron acusadas de brujería y condenadas por ello a causa de las fantásticas acusaciones de los niños, en la actualidad, numerosos adultos inocentes han sido condenados por pederastia. Las rigurosas investigaciones de estos casos, que siguieron a las condenas, demostraron que los acusados habían sido condenados, en base a las declaraciones de los niños y a las denuncias de sus mayores, sin que se hubiese podido presentar la más mínima prueba de la veracidad de lo hechos referidos por los niños²⁶.

En los años 1997-2004, gracias a las becas concedidas respectivamente por la Embajada de España en Copenhague y el Ministerio de Cultura danés, me fue posible concluir la edición de los documentos de Salazar, y gracias a la intervención de la editorial Brill en Leiden, se pudo publicar mi obra en una edición bilingüe, en la que los documentos españoles, traducidos al inglés, aparecen uno al lado del otro. Con la intención de elaborar una nueva introducción, realicé ulteriores estudios en varios archivos parroquiales de Madrid y en el Archivo Histórico de Protocolos en Alberto Bosch, precisamente la calle donde yo solía hospedarme en casa de mi cuñado Joaquín. Aquí di con el testamento de Salazar y los de otros inquisidores de Logroño. En Pamplona combiné mis datos procedentes del Archivo de la Inquisición con casos procedentes de los otros dos archivos de tribunal, el Archivo General de Navarra y en el Archivo Diocesano de Pamplona²⁷.

Cuando en 1998 fui invitado a participar en un simposio organizado en el Vaticano por la Comisión teológica histórica del mismo, tuve la oportunidad de visitar el Archivo de los Jesuitas. Aquí fui guiado por el jesuita Francisco de Borja, quien llamó mi atención sobre un, hasta entonces, desconocido informe del jesuita Solarte acerca de su viaje en 1610 a las Cinco Villas de Navarra por entonces azotadas por un delirio colectivo de brujomanía²⁸.

26. G. HENNINGSEN, “The child which syndrome. Satanic child abuse of today and child witch-trials of yesterday”, *The Journal of Forensic Psychiatry*, 7, 1996, pp. 11-29.

27. G. HENNINGSEN, *The Salazar Documents. The Inquisitor Alonso de Salazar Frías and Others on the Basque Witch Persecution*, Leiden y Boston, Brill, 2004.

28. *Ibid.*, pp. 55 s.

El simposio del Vaticano se debía al propósito de la Iglesia Católica de pedir perdón por los errores cometidos a través de la Historia, ante el inminente cambio de siglo y entrada en el tercer milenio. A mí me tocó hablar sobre la Inquisición y las brujas; sin embargo, los resultados de la investigación de los últimos años habían transformado tan terrible capítulo de las brujas en una historia con final feliz²⁹.

Debo decir que yo no soy católico, sino luterano. Ahora bien, mi encuentro con el Santo Padre Juan Pablo II me impresionó profundamente, pues nunca me hallé ante persona alguna con tan gran presencia de ánimo y cercanía. Al acordarme entonces de mi mujer e hijos, católicos todos, no dudé en pedir la bendición de Su Santidad para ellos, cosa que, pese a ser algo fuera del protocolo, el Papa me dio personalmente para que yo se la transmitiera a mi familia.

La última experiencia emocionante que, hasta ahora, me han proporcionado las brujas, fue un viaje al País Vasco, en la primavera de 2005, ya que me dio la oportunidad de hacer de cicerone junto al gran escritor sueco Jean Guillou y un equipo de la televisión sueca. Nos presentamos en Zugarramurdi e hicimos la visita obligada a la famosa cueva, donde supuestamente celebraban las brujas sus aquelarres. Seguidamente, fuimos a Logroño, en donde habían sido quemadas algunas de las supuestas “brujas”. Terminamos en Madrid, desde donde el Inquisidor General, gracias a la intervención de Salazar, dio la señal para el cese definitivo de la quema de brujas³⁰.

IV. El arco y la piedra que lo sostiene

En 1982 me llegó un libro con la siguiente dedicatoria:

“A Gustavo, mi maestro y amigo, y también a Marisa, la piedra que sostiene a Gustavo”.

Era de mi antiguo ayudante, Jaime Contreras, quien me mandaba su recién publicada tesis doctoral sobre la Inquisición de Galicia³¹. Aunque ya anteriormente haya nombrado a mi mujer en varias ocasiones, quiero aquí hacer una mención más amplia de ella.

Conocí a Marisa, como que queda dicho, en Dinamarca, más exactamente, en el hotel donde yo veraneaba en agosto de 1956, a las afueras de Helsingör. Ella llegó el mismo día que yo, procedente de Londres, donde estudiaba “Early Modern English Literature”. Venía acompañada de una amiga inglesa y de dos hijos pequeños de ésta. Entre la española y yo surgió el flechazo cuando aún no sabíamos ni el nombre el uno

29. G. HENNINGSEN, “La Inquisición y las brujas”, en A. BORROMEIO [ed.], *L'Inquisizione. Atti del Simposio internazionale, Città del Vaticano, 29-31 ottobre 1998*, Città del Vaticano, Biblioteca Apostolica Vaticana, 2003, pp. 567-605.

30. El reportaje en cuestión se emitió en el canal 4 de TV Suecia, como quinta parte de la serie “*Häxornas tid* (Tiempos de brujas)” por Jean Guillou.

31. J. CONTRERAS, *El Santo Oficio de la Inquisición de Galicia (poder, sociedad y cultura)*, Madrid, Akal, 1982.

del otro. Nos bastó con mirarnos durante la cena. No nos separamos en todo el mes; pero las vacaciones se terminaron, y Marisa regresó a Londres para seguir sus estudios en el *City Literary Institute*. La distancia no fue un obstáculo, nos escribíamos hasta dos cartas diarias. Al año siguiente nos casamos, sin tener, como vulgarmente se dice, “sal para un huevo”.

Éramos ambos estudiantes, llenos de ilusión por la vida y con una fe ciega en el futuro. Juntos asistíamos a las clases del profesor Bödker en la Universidad. Marisa me acompañó en casi todos mis viajes de trabajo de campo, y tanto en Dinamarca como más tarde en Galicia, resultó ser mejor observadora que yo a la hora de valorar cuanto ocurría a nuestro alrededor, mientras yo, tras poner la grabadora en marcha, me ocupaba de entrevistar a mis informantes.

En España, donde no era tan fácil como en Dinamarca, entrar en una casa a entrevistar a sus moradores sin conocerlos de nada, las raíces gallegas de Marisa me valieron de mucho. Ella tenía aún familiares en las principales ciudades gallegas. Estas relaciones nos ayudaron mucho a la hora de establecer contactos por toda la región. En la comarca de Órdenes, donde vivíamos al principio, era bien conocida, por ejemplo, la clínica de maternidad del doctor Manuel Mariño. Este ginecólogo era primo de mi suegra y había traído al mundo a más de un hijo de alguno de mis informantes. En Pontevedra todo el mundo sabía quién era Javier Sánchez Cantón, por ser hijo predilecto de dicha ciudad, aunque residía en Madrid, debido a su cargo de Director del Museo del Prado. Como era primo de mi suegro, participábamos mi mujer y yo en varias de las tertulias que celebraba en su piso de Alfonso XII, y fue su carta de presentación la que me abrió muchas puertas en Pontevedra, además de proporcionarme amistades como las del alcalde, Filgueira Valverde, y el secretario del Museo de Pontevedra, García Alén. Sin embargo, a este pariente de mi mujer lo conocí cuando vino a visitarnos a Copenhague en 1960, procedente de Suecia, donde acababan de nombrarle doctor *honoris causa* de la Universidad de Lund.

En Madrid, otro pariente de mi mujer, entonces consejero del Centro de Investigaciones Científicas, me gestionó la posibilidad de trabajar en el Archivo Histórico Nacional. A todos ellos les debo mi agradecimiento por su fe en la capacidad intelectual de aquel danés intrépido, que no aceptaba barreras (algunos dieron en llamarme “el danés peligroso”).

Tampoco he de olvidar al doctor Castillo de Lucas, médico del Banco de España, donde mi suegro fue jefe del negociado de créditos. Este médico tenía pasión por el folklore y había escrito varios libros sobre la medicina popular. Él me introdujo en los círculos en Madrid dedicados al folklore, y me consiguió mi primera entrevista con Caro Baroja. El doctor Castillo se interesó mucho por mi trabajo, y consiguió que Pires de Lima, director del Museo de Etnografía portugués, me invitase a participar en dos congresos en Povoa de Varzim y Oporto, donde tuve ocasión de presentar mi trabajo sobre los cuentos marineros³². Tengo los más simpáticos recuerdos de él, pues no sola-

32. G. HENNINGSEN, “Cuentos marineros”, *Revista de Etnografía*, 7, 1965, pp. 39-48.

mente nos mostró mucho cariño a mí y a Marisa, sino que nos envidiaba, decía él, por nuestra admirable compenetración para trabajar juntos.

Marisa además de ser una apasionada de la literatura, se interesaba mucho por la historia. Ella fue quien me abrió los ojos a esta dimensión de la vida. Al principio, yo me resistía a aceptar semejante idea. Pensaba entonces que la Historia no servía para nada. Jamás había comprendido el afán por ese tema que tenía mi mejor amigo de la juventud, pero esa “anomalía” la atribuí yo a la influencia de su padre. Nunca sospeché que acabaría yo mismo, por ironías de la vida, como historiador profesional.

Marisa, que hasta entonces había combinado el cuidado de nuestros cuatro hijos con estudios por libre en la universidad, trabajos de traducción y publicaciones literarias, consiguió una plaza en el jardín de infancia para nuestra pequeña María. Con los tres chicos ya en el colegio, Marisa pudo dedicarse a desarrollar sus talentos como traductora y escritora. De dicha competencia me beneficié enormemente a la hora de publicar mi tesis en danés,³³ pues fue mi mujer la que, con mano segura, hizo los recortes oportunos en el texto, de aquellas partes que ella estimaba innecesarias con vistas al lector común. Esta versión abreviada de mi tesis original, fue más tarde no solamente la base de su traducción al español publicada por Alianza (1983), sino también de las traducciones al italiano (1980) y sueco (1981); la traducción húngara, por lo contrario, está basada directamente en el original inglés.³⁴

Casi la totalidad de cuanto he escrito, lo hemos leído y discutido entre las cuatro paredes de nuestro hogar antes de mandarlo a imprimir. Especialmente todo lo publicado en español, donde las funciones de Marisa han sido tanto las de traductora como las de consejera de redacción. Solíamos mantener nuestras conversaciones intelectuales durante la sobremesa después del desayuno, cuando ya habíamos mandado a los hijos al “cole”. Llamábamos a estos ratos nuestra “universidad matinal”.

Con el tiempo dejamos a las brujas para hablar de la investigación de Marisa sobre los cuentos populares, como reflejo de la mentalidad y estructuras culturales de la comunidad; o sea, de su función socializadora y didáctica. El resultado fue una tesis doctoral en danés sobre los cuentos populares gallegos. Más tarde ésta fue traducida al inglés y publicada en la serie finlandesa de prestigio internacional: “Folklore Fellows Communications”³⁵.

Desde niña, Marisa había escuchado junto con sus hermanos menores, a las criadas de casa contar cuentos de sus respectivos pueblos. Al ser mi suegra de Orense, empleaba preferentemente a criadas gallegas en la casa. De modo que ya muy temprano, Marisa advirtió la diferencia que había entre el modo de contar el mismo cuento según la narradora fuese gallega, castellana o andaluza. De recién casados, conociendo ella bien mi interés por los cuentos, Marisa me contaba, por las noches en la cama, como otra Sherezade, cuento tras cuento oído en España. Entonces, tampoco a ella se le

33. G. HENNINGSEN, *Heksenes advokat. Historiens største hekseproces*, Copenhagen, Delta, 1981.

34. G. HENNINGSEN, *A boszorkányok ügyvédje*, Budapest, Kossuth, 1988.

35. M. REY-HENNINGSEN, *The World of the Ploughwoman. Folklore and Reality in Matriarchal Northwest Spain*, Helsinki, Akademia Scientiarum Fennica, 1994; *The Tales of the Ploughwoman*, *ibid.* 1996 (FF Communications, núms. 254 y 259).

había pasado por la imaginación que acabaría publicando un análisis comparativo de los cuentos populares de Dinamarca recogidos en el siglo XIX por el filólogo Sven Grundtvig y el folklorista Evald Tang Kristensen, cuyas colecciones ahora se custodian en *Dansk Folkemindesamling*³⁶.

Permítanme terminar con la anécdota de cómo mi mujer, hace pocos años, se cruzó con las huellas de mi juventud. Fue en el setenta aniversario de una amiga nuestra. Durante la cena, le tocó de compañero de mesa al bibliotecario del Parlamento danés, Dr. Kristian Hvidt. No se conocían de antemano, pero cuando él, por la conversación, supo que estaba hablando con la mujer de Gustav Henningsen, sentado en otra mesa, le contó a Marisa, que yo, de joven estudiante me había alojado en casa de su madre. No le habló del joven con barba, pantalón vaquero y sweater islandés de cuello alto, que aún no sabía qué hacer con su vida. Pero sí le contó que en su familia se había comentado cómo mi matrimonio con la joven española había tenido una notable influencia en mí, porque había dado a mi vida un giro de 180 grados.

36. M. REY-HENNINGSSEN, “Folklore and Reality in Nineteenth-Century Denmark”, *Arv. Nordic Yearbook of Folklore*, 2003, pp. 43-75.